

PRÓLOGO

Cuando mi amigo Enrique, editor de Amok, me invitó a escribir el prólogo de *El Arte de Charlie Chan Hock Chye. Una historia de Singapur*, ciertamente, me sentí honrado, por su muestra de confianza, y agradecido por ello. Pero no puedo negar que también me asaltaron las dudas. Enrique me hablaba de «una sorprendente novela gráfica que ha pulverizado fronteras culturales de Singapur al obtener el Premio Nacional de Literatura en 2016» y ha sido propuesta para Will Eisner Comic Industry Awards, con seis nominaciones (Mejor Álbum Gráfico, Mejor Edición de material Internacional-Asia, mejor escritor/artista, mejor color, mejor rotulación y el mejor diseño de publicación), luego ganaría tres de ellos. Una novela gráfica, de un autor, Sonny Liew que, estéticamente, ha bebido de muchas fuentes: clásicos del cómic americano y europeo, manga, cómics chinos, de superhéroes, etc. Influencias que regresan como páginas homenaje en las aventuras de Charlie Chan donde, en sus distintos capítulos, estructurados como tebeos independientes, se detecta la alargada sombra de Hergé, Frank Miller, Osamu Tezuka, Walt Kelly, Wally Wood. Esta combinación de estilos y temáticas, unidas a través del fino e invisible hilo de la historia de Malasia y Singapur, dotan a la obra de fuerza, coherencia y un atractivo innegable.

Planteadas, así las cosas, era difícil rechazar la oferta. A pesar de ello, tuve que interpelar al editor:

—Pero yo de cómics sé poco, ya sabes, Enrique, que yo soy un muchacho de pueblo con pocas lecturas de ocio.

—Anda, léete, el libro y luego me dices —me contestó.

Y me lo leí, vaya si me lo leí, me lo bebí, en medio de las peores circunstancias imaginables, me enganchó, me robó tiempo, me apasionó, me encantó, me enseñó. Por lo que acepté la misión, pero advirtiéndolo:

—Enrique, tú sabes que yo soy historiador (o lo pretendo), de eso sé, eso es lo que yo veo en este libro, historia pura y dura, contada de una manera novedosa, imaginativa, estéticamente preciosa, y de eso voy a hablar.

Y me puse a escribir de la desconocida y complicada historia del mundo malayo, es decir, Malasia y Singapur (más Brunéi) siguiendo un apasionante, hermoso, didáctico y entretenido libro de historia... o ... ¿era un cómic?

Como historiador, que es mi hacer, lo que yo puedo señalar del libro *El Arte de Charlie Chan Hock Chye* es la descripción de la *Historia de Singapur*, como señala en su título secundario. Porque la historia de Singapur y la de toda el área malaya es una gran desconocida. La existencia de estos estados (Malasia, Singapur, Brunéi e Indonesia) se debe al imperialismo británico: los separó de Indonesia; varió su composición étnica; ello imposibilitó la unión con Singapur y fueron la causa final de la existencia independiente de Brunéi. Son, pues, países nacidos a la sombra de *Britannia*.

Esta historia comenzó en 1786, cuando los ingleses, protegiendo su ruta a China, se asentaron mediante arriendo, en la península Malaya, concretamente en la isla de Penang. Aprovechando las guerras napoleónicas, ocuparon Malaca y Java (1795). En 1824 Stamford Raffles consiguió la cesión de Singapur a perpetuidad y con ello, como afirmó grandilocuentemente, Inglaterra se hizo con «el ombligo de los países malayos». Raffles construyó Singapur como una ciudad europea en lo urbanístico y colonial británica en lo jurídico, es decir, con una administración separada en función de la raza. Acto seguido, impulsó la inmigración china, pueblo tenido por laborioso, que para 1860 ya eran la etnia mayoritaria. En esa Singapur colonial es donde nació en 1838, nuestro protagonista, Charlie Chan y en ella creció jugando a la *billarda* o *Ta Guan*.

Pero la historia pronto llama a las páginas del libro que, inmediatamente, nos adentra en la II Guerra Mundial. Los japoneses ocuparon todos los territorios malayos en apenas cuatro meses tras Pearl Harbour

(marzo de 1942). La crueldad de la ocupación nipona sirvió para extender la solidaridad inter-etnica. Esta lucha y esa hermandad «nacional» se ven reflejadas a través de la historia titulada *Escuadrón 136*. En el que los contendientes son representados por animales: los nativos gatos, los japoneses perros y los ingleses monos. A través de estos dibujos se sacan a la luz los horrores de la guerra, sus penurias y su impacto sobre las familias. Como, por ejemplo: *Operación Sook Ching* (purgar a través de la limpieza) donde 50 000 varones chinos fueron aleatoriamente seleccionados y asesinados, por la solidaridad que los chinos de Singapur mostraron con China ante la invasión de Manchuria en los años treinta. O la historia de *Bukit Chandu* (Colina del Opio), batalla librada el 13 y 14 de febrero de 1942, donde las tropas nativas defendieron bravamente Singapur, hasta su derrota. Sonny Liew aprovecha la ocasión para mostrar el desprecio mutuo que ya sentían entre sí colonialistas y colonizados, cuando:

«Un gato [soldado nativo] dice: ¡Este mono [oficial inglés] cuestiona nuestro valor y nos envía a una misión temeraria...!».

El libro describe, perfectamente, el camino social recorrido desde la lucha guerrillera contra el Japón a la insurrección comunista contra los colonialistas: Los guerrilleros al finalizar la guerra reciben honores y persiguen a los colaboracionistas. Se reincorporan a la vida civil y fundan los sindicatos para pedir derechos sociales; se frustran y se lanzan al terrorismo y la guerrilla. Después llegará la Emergencia Malaya (1948-1960), descrita por Sonny Liew como «Medios injustos para causas justas». Y, entonces, los británicos te encierran en los «Pueblos Nuevos».

La «Emergencia» fue una insurrección comunista, que devino en guerra civil no reconocida oficialmente, donde el Ejército de Liberación Nacional Malayo (MNLA), brazo armado del Partido Comunista Malayo (MCP), se enfrentó a las tropas de la Federación de Malaya, armadas y auxiliadas por fuerzas del Imperio Británico y la Commonwealth.

No hay mejor manera de expresar el sufrimiento de los pueblos de Malasia por la libertad que la viñeta de Charlie Chan en la que, sobre el dibujo de un hombre serio tras una alambrada, se lee:

«¡Un hombre observa la puesta de sol en un pueblo de Malaya! ¿cómo acaba un hombre inocente confinado tras una alambrada de espino? ¿Por qué le tratan como a un criminal en su propia tierra? Puede que todo sea una cuestión de: ¡CONFIANZA!

¿En el hombre blanco [ingleses], que huye en cuanto llega la guerra?

¿En los soldados [japoneses] que renunciaron a su humanidad para seguir órdenes de disparar y matar?

¿O en el comunista que justifica cada acto oscuro en nombre de la revolución?».

La independencia y la imposibilidad de la unión Malaya-Singapur serán los siguientes capítulos abordados en el libro. La complejidad de la situación de las «Colonias del Estrecho» hará que sean los últimos países del área en alcanzar la independencia: la Federación Malaya, en 1957 y Singapur en 1959. Los pasos hasta su consecución se verán reflejados en *El Arte de Charlie Chan Hock Chye* con una claridad que para sí la quisieran muchos libros de historia al uso: la revuelta de los estudiantes de las escuelas chinas contra el servicio militar en el ejército británico (13 de mayo de 1954); los disturbios de Hock Lee Bus (12 de mayo de 1955), etc. Todo este proceso de independencia se describe en la historia *Invasión*, protagonizada por los futuros líderes de la independencia de Singapur, Lim Chin Siong y Lee Kuan Yew, caracterizados como héroes galácticos que luchan contra una invasión alienígena.

Los jóvenes Lee Kuan Yew y Lim Chin Siong se convirtieron en los símbolos de la resistencia anticolonialista en Singapur. En un principio ambos se situaban a la izquierda del espectro político. Pero moderaron su discurso para ampliar su atractivo popular. Lim Chin Siong se mantuvo fiel a su ideología y por ello terminó siendo perseguido, encarcelado y eliminado como factor político. Mientras, Lee Kuan Yew, un joven abogado de etnia china, nacido en Singapur, y formado en Cambridge, se convirtió en el líder de Partido de Acción Popular (PAP) y en primer ministro.

El 3 de junio de 1959 nacía el Estado de Singapur. La historia del Singapur independiente (en su primera etapa) se retrata en la obra a través de las aventuras de un héroe llamado Roachman (El hombre cucaracha) un «recolector de abono humano» que va a luchar contra las injusticias de la sociedad. Su figura sirve para criticar las políticas del PAP y su

temprana monopolización del poder en Singapur, así como el liderazgo de Lee Kuan Yew. La crítica se centra en el temprano conservadurismo confuciano de Lee, que lucha contra el «amarillismo» de la prensa fingiendo moralidad mientras, al mismo tiempo, permite la especulación urbana y promociona la imposición del inglés como lengua franca. Estas medidas iniciaron la reconfiguración urbana y social de Singapur que pasaba por construir edificios de viviendas públicas y forzaba a reubicar a la población, sin importar el coste humano. Pero, a fin de cuentas, estas acciones, transformaron inexorablemente su paisaje social.

Sonny Liew narra de una manera magnífica, en el capítulo *Sang Kucing* y las hormigas (El Señor Gato y las pequeñas hormigas rojas) como Singapur, tras la independencia veía necesaria la unificación con la península para tener un mayor mercado, pero como, por el contrario, a la Malasia continental no le hacía tanta ilusión.

La unión de la Federación Malaya y Singapur dará lugar al nacimiento de Malasia el 16 de septiembre de 1963. Pero dicha «unión» nació muerta. En realidad, los malayos apoyaron la integración porque la independencia de Singapur, donde creían posible el triunfo del comunismo, les parecía peligrosa. Sin embargo, una vez disipado el peligro «rojo», a los partidos e intereses chinos de Malasia no les beneficiaba la presencia de Singapur pues podía hacer que el gobierno de la federación cayera en manos de la izquierda con una unión entre los partidos izquierdistas del continente y los de Singapur (ambos dominados por chinos). A los partidos conservadores malayos no solo les inquietaba este reforzamiento de la izquierda sino la hegemonía de la etnia china que podía traer aparejada. Mientras el líder de Singapur Lee Kuan Yew, decía que Malasia debía ser «malaysiana», es decir, se debía crear una sociedad verdaderamente integrada, donde los criterios de diferenciación de la ciudadanía sólo fueran económicos e ideológicos. La comunidad malaya, más atrasada que la china, no podía permitir ese igualitarismo legal que supondría, a medio plazo, su sometimiento a una elite dominante china.

El 21 de julio de 1964 empezaron las revueltas raciales en Singapur. Hay diferentes versiones sobre cuál fue el detonante, parece ser que todo se debió a un incidente en torno a una procesión musulmana para conmemorar el nacimiento de Mahoma. Ese día murieron 23 personas y cientos de ellas resultaron heridas. Después de eso la unión fue

imposible. Gráficamente, nadie lo ha sabido expresar tan bien como Sonny Liew en *Bukit Chapalang: Vacío [...] desolación [...]*. La «Unión» fracasó dramáticamente y fue finiquitada el 9 de agosto de 1965.

Y lo que nos queda es la descripción de la *Isla de Confucio*. Cuentan los expertos en el Maestro Kong, que este, hastiado ante la imposibilidad de hacer que los Estados Centrales (China) aceptarán la Vía (un gobierno moral que liberara a la sociedad de la corrupción y la injusticia) divagó sobre la posibilidad de tomar una barca y navegar hasta encontrar una isla virgen en la que poder aplicar sin restricciones su visión política. Singapur, la *Isla del León*, pues eso significa su nombre, parece haberse convertido, bajo el mando de Lee Kuan Yew, en aquella utopía. La *confucianización* de Singapur o, como diría Charlie Chan, «la importancia de ser práctico», monopolizarán las siguientes aventuras dibujadas por Sonny Liew. Pocos, saben explicar de una manera tan clara, ajena a pedanterías incomprensibles, cómo se ha producido la construcción de ese «confucionismo social», de esa sociedad confuciana, bajo la hégira de Lee Kuan Yew y su «accesorio» PAP. Bajo su mando personal, e incuestionable, Singapur se ha convertido en una sociedad «perfecta», «rígida», «reglamentista», «legista» pero, además, y este libro sabe reflejarlo, el modelo confuciano singapurense ha adquirido la capacidad de la «adaptabilidad», con lo que ha llegado a unas cotas de perfección, superiores al original de China, sólo equiparables a las de Japón.

La construcción de este Singapur «confuciano Lee-kuanyano», es retratado en la novela a través de la historia de la *Sinkapor inks. Papelería y consumibles*, una empresa gestionada por un jefe con muy mal carácter:

«Somos una empresa multidisciplinar y multicolor en la que podría estallar un conflicto interdepartamental en cualquier momento».

La crítica, mordaz y veraz, contra el régimen se centra en su capacidad de camuflar su autoritarismo tras un mensaje de «valores asiáticos» o «tradición asiática», es decir, «Armonía y respeto a la Autoridad» que, en el fondo, significan: dinero y carencia ideología, porque, lo único importante es que «Hay que ser prácticos», Charlie Chan, dixit. Este pragmatismo descarnado esconde un legismo estatal de raíz china que ha llegado a rozar la eugenesia: «Me he castrado para no poder hacer bebés tontos».

Con este último capítulo, el libro ha terminado con la historia de Singapur, porque hoy en día la situación sigue siendo, esencialmente, la misma. Pero no ha terminado la novela, que aún nos reserva un giro imaginativo, al modo de la «vida es sueño». En un capítulo octavo titulado, *El rey de los cómics*, Sonny Liew, retoma a Lim Chim Siong, aquel líder de la izquierda que fue el *alter ego* de Lee Kuan Yew, y al que califica de «el hombre perdido de Singapur», e imagina cual hubiera sido la historia de Singapur sin Lim y su modelo izquierdista se hubieran impuesto al modelo conservador de Lee. Pero al final, la realidad se impone sobre la ilusión, porque «hay que ser prácticos» y Lim Chim Siong, no lo era. Frente a él, Lee Kuan Yew sí lo fue y pareció invencible, aunque, a fin de cuentas, en el siglo XXI, el tiempo venció al líder autoritario y ya solo era un anciano. Lee Kuan Yew murió en 2015 con 88 años. Sonny Liew lo retrata en estos últimos años en un dibujo titulado “El paso del tiempo” (2012).

El Arte de Charlie Chan Hock Chye termina con un epílogo titulado *Un anciano, a fin de cuentas*, en el original chino «Fresas silvestres» (Yě cǎoméi). En él, el protagonista es un viejo Charlie Chan que sigue trabajando sin descanso:

«Ahora mismo trabajo en una historia sobre Singapur como centro financiero internacional. Su reputación como refugio de la riqueza... los ríos de dinero que entran desde otros países... y la diferencia cada vez mayor entre los ricos y los pobres».

Sonny Liew parece anunciarnos una segunda parte de la obra. Pero, por encima de ello, continúa haciendo crítica social al modelo que rige en su país. Una ciudad-Estado que bajo el dominio de la dinastía Lee, pues tras la interinidad de Goh Chok Tong, se ha producido el ascenso al poder de Lee Hsien Loong, el hijo de Kuan Yew, domina uno de los puntos claves de la geografía mundial: el Estrecho de Malaca.

En definitiva, y volviendo al principio, como historiador, puedo afirmar que es muy difícil encontrar, en español, una obra que pueda explicar de manera más didáctica, clara, visual y entretenida la historia de Singapur. Todo ello, sin desprestigiar la profundidad ¿Cómo explicar lo que significa el confucianismo? ¿Cómo se aplica su autoridad? ¿Cómo se evita que esta genere oposición y anule las escasas disidencias? ¿Por

qué las sociedades confucianas triunfan económicamente? Todo ello es fácilmente entendible a través de las viñetas de Sonny Liew, acompañadas, al final de la obra, de un aparato crítico digno de cualquier artículo académico que explica, para los interesados, las referencias históricas a las que se refieren cada una de las historias que conforman *El Arte de Charlie Chan Hock Chye*. Pero solo para los «muy cafeteros de la historia». Porque esta obra, por encima de todo, es un deleite sensorial, una invitación al placer de la vista, la imaginación y el saber que no necesita nada para adentrarse en ella y disfrutarla. Pero aún así, al final, todos sabremos que «lo importante es ser práctico», aunque muchos seamos incapaces de serlo.

RAÚL RAMÍREZ RUIZ
UNIVERSIDAD REY JUAN CARLOS